

## DESPLAZAMIENTO Y BILOCACIÓN

Laura Olea

Disfruto asomándome al interior de espacios domésticos. Después de un derribo, a veces quedan resquicios de los interiores en la fachada del edificio contiguo. Como una sección de la construcción ya ausente se ven los restos del alicatado, papel pintado, se reconoce la cocina, los baños, lo que igual podría ser un dormitorio. Como un muestrario de acabados, cada cuadrado es la huella de una habitación que un día fue habitada, cada una a su manera. A mi paso por estas ciudades gentrificadas los edificios se convierten en descampados hasta que otra construcción se impone a los restos físicos y a las huellas invisibles. Con cierta melancolía esos paisajes urbanos me hacen sonreír. Las vidas que contenían esas paredes ahora son un mosaico de colores en la fachada ciega del edificio colindante. Una expresión plástica en forma de muestrario de patrones domésticos que proyectan visualmente el volumen perdido del que formaba parte.

Mientras tanto escribo oyendo el goteo que llega desde mi baño. El agua se ha filtrado desde la bañera de mi vecina atravesando mi techo. Una gotera que ha conectado los dos apartamentos por un sonido insistente. El agua resuena contra el cubo cada 3 segundos, 3 segundos, 4 segundos, 5 segundos, 7 segundos... Hace ya varias horas que se ha ido apagando entre otros sonidos cotidianos que llegan de la calle: alguna moto, algún rumor de pájaros, las olas rompiendo en la costa y el viento que se cuele entre ventilaciones, ventanas viejas, y el quicio de la puerta. Imaginamos que nuestras casas son diferentes del mundo natural, un espacio apartado de cualquier componente físico, químico o biológico externo. Esta exposición nos demuestra que no. Los espacios son porosos, los apartamentos, las habitaciones, los muros, las separaciones. Los sonidos se filtran como la gotera de mi techo e inundan nuestra percepción, una estimulación que nos ayuda a mantener la referencia del tiempo.

En cambio, los espacios latentes en *Desplazamiento y bilocación* carecen de sonido. Son escenas suspendidas en el tiempo, un ritmo sostenido en esta convergencia de volúmenes. Aparecen elementos del arte óptico que juegan con ilusiones y lugares imposibles contruidos sobre el engaño al cerebro y a la percepción. Asomarse a la pintura de Ricardo González García es un ejercicio de volver a mirar y explorar las múltiples perspectivas y recovecos de un espacio que invita a ser oníricamente transitado. La pintura como medio de creación de imágenes se hace aquí profundidad hasta el abismo: es un lenguaje con sus propias reglas, un ejercicio de expresión plástica y ampliación cognitiva que utiliza para relacionarse y conocer el mundo que le rodea. A lo largo de la historia, la pintura ha evolucionado y se ha

transformado, pero lejos de desaparecer, sigue siendo una forma de comunicación y exploración de la realidad.

González García confronta la abstracción y la figuración, la imagen y la construcción pictórica. Los contrarios se entrelazan aquí forzando encuentros para la persona que observa. Este espectador se encuentra fuera de ese afuera, no está representado, pero se le asume. Se presenta ante un ejercicio de perspectivas imposibles que desafían cualquier ley física conformadas por la abstracción y el surrealismo onírico. Al observar se activa el tiempo del cuadro estimulando el movimiento en infinitos recorridos mentales. Los planos se convierten en volúmenes, las aristas en escorzos, y se configura un espacio en el que nada está ligado, donde todo parece entreabierto, entretejido, atravesado.

En esa tensión de fuerzas indeterminadas se genera una curiosidad y confusión, es en verdad la realidad fragmentada que aportan los sentidos. Subyacentes, los significados quedan grabados en el objeto a través de su historicidad y subjetividad. Y es que, llegado a un punto es imposible seguir poniendo palabras sin nublar los significados y desdibujar los bordes de los sentidos: nada puede sustituir el aliento frente al cuadro. Es la materia la que crea una profundidad y un espesor imposible de experimentar desde la reproducción técnica, ni en libro ni en *scroll*. “La ruptura de la norma” y “Girar y encontrarse totalmente solo en otro lugar, mientras el público circundante del plano anterior sigue percibiendo tu presencia” son obras de dibujo minucioso. En ellas encontramos una ausencia total de vida, donde solo la espesura y organicidad gestual de algunas figuras informes parecen flotar como asteroides entre los cuadros. La cargada textura de estas *dispersiones* –como las nombra el propio artista– contrasta con el refinamiento de las aristas afiladas de los diferentes planos de color. Cada elemento está minuciosamente diseñado para construir las interacciones entre planos y volúmenes, entrelazando confusión y rigidez. Cada una de estas pinturas nos brinda un espacio virtual similar al que engendramos al soñar. En la pieza “Lo informe, lo decorativo, lo clásico y lo efímero en ingrátido tránsito aproximado”, el cuadro hace las veces de una ventana de ventanas, en la que otras pinturas, pantallas e imágenes se superponen, atraviesan y transforman. Un juego sobre el cuadro dentro del cuadro, los laberintos y recursos representativos que se han ido ingeniando a lo largo de la historia desde Diego Velázquez y la declaración del pintor como un profesional intelectual.

Los barridos de pintura interpelan a Gerhard Richter y su serie fotográfica. La idea de foco, en referencia a la fotografía y la reproductibilidad técnica de la imagen, cobra importancia en estas pinturas recientes de González García. La pintura como contenedor de imágenes se hace literal con referencias a la historia del arte

traslocadas, como si estuvieran en proceso de descarga dentro del propio cuadro contenedor. Este es un espacio donde la imagen es reconocible exactamente en la grieta entre la cotidianeidad y la trascendencia. Técnicamente González García decide invocar a Richter y tantos otros referentes de la historia de la pintura. Los trazos largos, intermitentes y velados también nos hablan de Juan Uslé. No se puede entender a los impresionistas sin la libertad de movimiento que trajo la llegada del ferrocarril y la invención del tubo de pintura. Del mismo modo, no se entiende González García sin su extenso conocimiento en historia del arte y el diálogo constante con la filosofía en su proceso pictórico. Defiende con pincel y pluma la pintura como fruto de un largo desarrollo, de una rigurosa reflexión teórica y una madurez basada en la experiencia dilatada como artista.

*No una palabra, apenas un murmullo, apenas un escalofrío, menos que el silencio, menos que el abismo del vacío; la plenitud del vacío, algo a lo que no se puede hacer callar, que ocupa todo el espacio, lo ininterrumpido, lo incesante, un escalofrío y acto seguido un murmullo, no un murmullo sino una palabra, y no una palabra cualquiera, sino distinta, justa, a mi alcance.<sup>1</sup>*

La palabra es utilizada certeramente en los títulos que mencionan las reflexiones que han acompañado el trabajo en el estudio del pintor. Este título casi tan largo como la cita de Blanchot, ya revela algunas claves de la intención del espacio creado: “Balanceo de vaivén entre mundos a diferente escala superpuestos, o Abrir un cajón y descubrir una maqueta de un universo-otro donde se encuentra un personaje muy parecido a ti que también abre un cajón”. De manera vertiginosa, este título y la obra que nombra desafían los sistemas de representación y las leyes de la física. La magnitud no queda referenciada y cualquier indicación visual de la escala es negada en la siguiente doblez de ese espacio ficticio. A través de tensiones y dialécticas en equilibrio, debemos repetir el ejercicio de volver a mirar, de explorar la tradición esta vez sin el recorrido marcado, sin cimientos ni pasillo. La pintura de *Desplazamiento y bilocación* es el resultado de una trayectoria artística junto a su investigación académica: una pintura consolidada sobre el archivo, la historia del arte y lecturas de filosofía y teoría del arte. El lenguaje de Ricardo González García dialoga con lo ya realizado, interpellando a imaginarios reconocibles como el doméstico y la historia del arte por igual. Esta serie de planos entramados aparecen aquí para disolverse entre las diferentes percepciones del mundo, un tránsito ingravido que me permite experimentar e imaginar entre los límites con la realidad.

---

<sup>1</sup> “Celui qui ne m'accompagnait pas” de Maurice Blanchot, en *El pensamiento del afuera* de Michel Foucault, Pre-textos, Valencia, 2014, p. 26.